

Tiempo y Eternidad

José Manuel Otaolaurruchi, L.C.

Las decepciones

Las decepciones son de los golpes más amargos de la vida. Generalmente depositamos la confianza en tal o cual familiar que nos ama tanto, que resultaría imposible volvernó la espalda o estamos tan convencidos de la lealtad de un amigo, que en un momento de desgracia sabemos que no nos podría traicionar. Con esta convicción avanzamos tranquilos sabiendo que allí están esas personas dispuestas a echarnos una mano.

Lo malo está en que estas convicciones no se verifican sino hasta que llega el momento de la crisis. Aquella ocasión en que necesitaste dinero para salir de un apuro y te dejaron con la mano extendida y la palabra en la boca. Estos golpes duelen mucho, pues como dice el salmo: “Si fuera un extraño o un desconocido, lo entendería; pero eres tú, mi amigo y confidente, con el que compartía el pan de la mesa”. Las decepciones dejan heridas difíciles de cicatrizar porque sangran cada vez que llegan con el recuerdo.

Las decepciones más dolorosas son las que tienen que ver con el corazón. Pienso, por ejemplo, en el terrible daño que provocan las infidelidades matrimoniales. ¡Cuánto sufrimiento y cuántas lágrimas! No tiene nombre el que una persona a la cual te entregaste completamente por amor, te cambie por una aventura.

Las decepciones se pueden producir también por omisión, como sucede en la carencia de afecto que una persona experimenta al saberse rechazada o no querida. Famoso fue el lamento del procónsul romano Julio César, excepcional conquistado de la Galia, cuando su hijo Bruto lo traicionó. Antes de que lo mataran a espada, al verlo entre los cobardes dijo: “¡Tú también, hijo mío!”.

Los discípulos de Emaús se sintieron decepcionados de su Maestro: “Nosotros esperábamos que él sería el liberador de Israel”. Pero Cristo no les traicionó, iba caminando a su lado y se quedó con ellos en la fracción del pan. La resurrección es garantía de nuestra fe. Al contrario, fue a Cristo a quien traicionaron en el momento de la muerte pues todos huyeron del Calvario, excepto la Virgen María y san Juan. ¿Dónde quedó la promesa de Pedro: “Aunque todos te abandonen, yo nunca te dejaré”; o la de Tomás: “subamos todos a morir con él?”

Cristo es el único amigo sincero, es el único que nos tiende la mano y nos ayuda y nos ama en la juventud, en la edad madura, en la vejez, en la tumba y en la eternidad. Y el día de mañana, cuando los hombres se olviden de nosotros solamente una cruz, y en ella Cristo, seguirá abrazando nuestra sepultura como guardián eterno de una amistad comenzada en esta tierra.

twitter.com/jmotaolaurruchi